

17 de febrero de 2026

Mensaje al Pueblo de Dios que peregrina en las Américas

De los Obispos de la Conferencia Episcopal Canadiense, la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos y el Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño (CELAM)

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Reunidos en espíritu de profunda comunión, conscientes de que no representamos Iglesias aisladas ni realidades fragmentadas, sino una sola Iglesia que peregrina en todo el continente americano, queremos dirigirnos a ustedes con un mensaje de cercanía, esperanza y responsabilidad compartida.

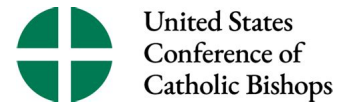
Hemos vivido días de alegría fraterna, unidos en la oración, el diálogo sincero y el discernimiento pastoral. Damos gracias al Señor por la gracia de este encuentro, que nos ha permitido renovar nuestro compromiso de caminar juntos como Iglesia en las Américas, fortaleciendo los lazos que nos unen más allá de nuestras fronteras y diferencias culturales.

Nuestra oración y nuestras conversaciones se han centrado en cómo guiar mejor al Pueblo de Dios con sabiduría y valentía en un tiempo marcado por profundos cambios y desafíos. Aunque nuestros contextos nacionales son diversos, constatamos que nuestros pueblos viven angustias semejantes y que nuestros ministerios episcopales enfrentan retos comunes que inviten respuestas coordinadas, solidarias y profundamente evangélicas.

Conscientes del momento histórico que atravesamos y de la complejidad de los desafíos que afectan a nuestras sociedades, hemos renovado nuestro compromiso de caminar juntos como una Iglesia que abraza el norte y el sur del continente, dando testimonio claro y coherente de Jesucristo, Crucificado y Resucitado, esperanza viva para todos los pueblos.

Entre los temas que hemos considerado se encuentran nuestra preocupación por los pobres y vulnerables, la dignidad y los derechos de los pueblos indígenas, el doloroso flagelo de la trata de personas, la creciente polarización que hiere el discurso público y debilita la convivencia social, y de manera particular, la extrema vulnerabilidad de los migrantes que viven, transitan y buscan un futuro en nuestros países.

Ante el fenómeno migratorio afirmamos con claridad: ningún migrante es extraño para la Iglesia. En cada persona que abandona su tierra buscando seguridad, oportunidades o dignidad, reconocemos a un hermano, a una hermana; reconocemos el rostro mismo de Cristo que camina. La movilidad humana no puede reducirse a una cuestión meramente política o económica; es una realidad profundamente humana que interpela nuestra conciencia cristiana y la responsabilidad ética de las naciones.



El camino del migrante atraviesa países, sistemas y fronteras. Por ello, nuestra acción pastoral no puede ser fragmentada. Queremos fortalecer nuestra coordinación continental para que, desde el lugar de origen hasta el tránsito y el destino final, la Iglesia sea casa abierta, red de protección y signo concreto de esperanza.

Invitamos respetuosamente a las autoridades civiles a promover políticas que salvaguarden la vida, los derechos y la dignidad de quienes migran. Reconocemos la responsabilidad de los Estados de ordenar los flujos migratorios y velar por el bien común; sin embargo, recordamos que toda legislación debe colocar en el centro la dignidad inalienable de la persona humana y el respeto que merece.

exhortamos a todo el Pueblo de Dios a vivir esta unidad de manera concreta y cotidiana: en la acogida generosa al migrante, en la defensa del más vulnerable, en el diálogo respetuoso incluso en medio de diferencias, en la construcción paciente de puentes donde otros levantan muros. Que nuestras parroquias, comunidades y familias sean signos visibles de que la fraternidad es posible y de que el Evangelio sigue siendo fuerza transformadora en nuestras sociedades.

Somos una sola Iglesia en América. Desde esa unidad queremos servir con mayor entrega, acompañar con mayor cercanía y anunciar con renovada valentía la esperanza que brota del corazón del Salvador.

Confiamos este compromiso a la intercesión de la Santísima Virgen María, Madre que acompaña a todos los pueblos de nuestro continente bajo múltiples advocaciones. Que Ella nos sostenga en la comunión y nos impulse a responder juntos, con caridad y firmeza evangélica, a los desafíos de nuestro tiempo.

Con afecto fraterno y esperanza renovada,

Los Obispos de Canadá, Estados Unidos y América Latina y el Caribe.